lles desiertas, escudriñando las sombras con ojo penetrante, escuchando todos los ruidos, parándose á cada momento para observarlo todo, mudando de dirección á cada momento, desandando lo andado, moviéndose desconcertadamente sin saber apenas lo que hacía; pero saciando de algún modo con aquella actividad, la congoja que llevaba en el pecho.

Después de largo rato de caminar sin norte, á través de obscuras callejuelas y de peligrosas encrucijadas, no encontrando por donde quiera más que soledad, silencio y tinieblas, comprendió que perdía el tiempo. Una chispa de reflexión le hizo ver que, si tardaba en volver á su casa, podría encontrar ya en ella á Carmen, quien tomaría sus medidas para hacerle perder el hilo de aquella historia tenebrosa; porque al enterarse de que él la andaba buscando, procuraría poner en cobro cuanto pudiese delatarla, y dejarle por toda conquista una sospecha muy honda en el corazón, pero sin prueba fehaciente, ni comprobación plena.

Volvió, pues, atrás, con la misma ansia con que había emprendido la exploración, corriendo furioso por la vía pública y dando motivo para que los gendarmes le detuviesen y le interrogasen, alarmados por su precipitación en medio del silencio y de la paz de la noche. Contestaba como po-

día, fingiendo haber dejado en el hogar un deudo moribundo, y llevarle una medicina que urgentemente necesitaba; y seguía corriendo desalado, como si alguien fuese en pos suya.

Al llegar á su casa, preguntó si Carmen había vuelto, y al saber que todavía no, casi se alegró de ello, como si fuese placentera la noticia. Por el camino se había formado cierto plan de investigación, que se proponía llevar á efecto mientras pudiese disponer de algún tiempo.

III

CRUEL EVIDENCIA.

Tornó á subir á saltos la escalera, y se encaminó directamente á la alcoba de Carmen. Una vez allí, aseguró las puertas por la parte de adentro, encendió la bujía y se entregó á minuciosas y dilatadas pesquisas. Y así fué removiendo y volcando por donde quiera trastos y muebles, viéndolo y hurgándolo todo, desde las mesas de noche hasta el tocador de luna veneciana; el halajero, el guardarropa, los armarios, y hasta las enormes cajas de cartón donde guardaba la joven sus mantones de la China y su traje de boda. Y todo lo fué dejando por tierra amontonado, en desorden, ajado, tal vez roto.

Después de perder largo tiempo en tan inútiles faenas, pensó que en el recibidor y tal vez en la misma caja del piano pudiese encontrar algún documento revelador. Llegado al salón, se abalanzó al musiquero y examinó uno por uno los libros y cuadernos de óperas, cantatas y reveríes que le llenaban; y los amontonó en el suelo, para ver si había quedado algún papel detrás de ellos ó sobre las tablas.... y nada halló en parte alguna.

Desesperaba ya de dar con la pista del delito, cuando recordó que no había buscado en el escritorio de Carmen: un precioso mueble de laca, de origen japonés, que había comprado su esposa no hacía mucho, y por el cual manifestaba notoria predilección. Había tenido Nicolás tal fe en el cariño y en la rectitud de su mujer, que jamás se había enterado de lo que ella hacía, ni de las cartas que recibía ó contestaba. Las que para ella solía llevar el cartero, las ponía cerradas en sus manos, sin preguntarle de dónde venían. Carmen se encargaba de informarle, cuando quería, de los nombres de sus autores y del asunto que trataban.

El recuerdo de aquel mueble fué como un rayo de luz para el esposo. Si algo había que pudiese comprometer á su mujer, allí debería encontrarlo; estaba seguro de ello. Así, pues, se trasladó sin

vacilar al "boudoir" donde tenía Carmen sus libros predilectos de doradas pastas, encerrados en estantes de cedro, y donde acostumbraba recogerse para leer ó escribir á puerta cerrada. No hallando la llave del escritorio, que la joven debía cuidar mucho y llevar siempre consigo, dió traza de abrirlo por medio de la violencia.

A falta de instrumentos á propósito para forzarlo, hizo saltar la cerradura, valiéndose de un clavo, que golpeó con un enorme mosaico de cristal. A no haber estado tan ciego, se habría dolido del estrago hecho por su brutalidad en aquella obra maestra de ebanistería. Las delgadas y finas tablas se agrietaron en mil partes; salieron de su sitio los clavos llevándose trozos informes de madera; y el vivo y elegante barniz que daba tanto brillo á aquel mueble precioso, quedó resquebrajado y destruído en cien partes distintas.

Pero Nicolás ni aun paró mientes en ello, porque iba derecho á su objeto; y antes se alegró de la destrucción del mueble, porque vió en ello la del obstáculo que le impedía descifrar el enigma que le torturaba. Hecho esto, abrió todas las gavetas, las examinó atentamente, una por una, y virtió por tierra su contenido. Cajas y cubiertas de papel finísimo con el dorado monograma de la esposa, elegantes mangos de marfil, plumas de oro;

todo cuanto aquella mujer joven y á la moda había ido aglomerando allí, saturado de sutiles perfumes y de las emanaciones de su belleza, todo lo sacó de su lugar y lo estropeó febrilmente.

Había ya examinado el mueble con sutil atención, sin encontrar el menor vestigio de lo que buscaba, y empezaba á desmayar, cuando notó con feroz alegría, que uno de los cajones era doble, pues sus dimensiones hacia el interior no correspondían al tamaño de las otras gavetas. Por sí ó por no, golpeó el fondo, y le pareció que sonaba á hueco. No necesitó más. Sin detenerse á buscar el misterioso mecanismo que debía tocarse para dejar á descubierto aquel rincón oculto, hizo pedazos el delgado tabique que dividía en dos aquel espacio, valido de los mismos instrumentos y de los mismos golpes; y sintió una especie de vértigo al comprobar que, tras la tabla rota, se ocultaban diversos y sospechosos objetos ...Y halló allí paquetes de perfumadas cartas atados con cintas de seda, flores secas, un relicario con pelo, un retrato y el borrador de una carta.

Y fué viendo todo eso separadamente y en detalle, analizándolo con desesperada complacencia, para que nada escapase á su examen: ni objeto, ni circunstancia, ni rasgo alguno de aquella horrible traición. Quien le hubiese visto

CAPILLA ALFONSINA

en esos momentos leyendo los manuscritos y mirándolo todo con ojos extraviados, lívido el semblante, blancos los labios, las manos trémulas, frecuente y breve el aliento, hubiese juzgado quizás que era un pobre demente en momentos de crisis aguda y dolorosa.

Comenzó por el retrato. Representaba á un hombre joven, buen mozo y elegantemente vestido. Llevaba en el ojal del jaquet una flor; acaso condecoración de hombre á la moda, ó bien recuerdo de su amada.

La dedicatoria escrita al reverso de la fotografía, llevaba fecha reciente; databa de hacía sólo un mes. Era breve, pero muy osada y expresiva, y daba á conocer claramente cuál era el género de relaciones iniciadas entre él y su amada. Decía así:

"Llévame siempre sobre el corazón para no cesar de abrazarte."

"Paco."

Al leerla el doctor, lanzó un sordo rugido.

Siguió luego examinando las cartas, con ojos extraviados por la desesperación y por el dolor. Algunas de ellas le exaltaban más, mucho más que las otras. He aquí uno ú otro de los peores párrafos de esas misivas:

todo cuanto aquella mujer joven y á la moda había ido aglomerando allí, saturado de sutiles perfumes y de las emanaciones de su belleza, todo lo sacó de su lugar y lo estropeó febrilmente.

Había ya examinado el mueble con sutil atención, sin encontrar el menor vestigio de lo que buscaba, y empezaba á desmayar, cuando notó con feroz alegría, que uno de los cajones era doble, pues sus dimensiones hacia el interior no correspondían al tamaño de las otras gavetas. Por sí ó por no, golpeó el fondo, y le pareció que sonaba á hueco. No necesitó más. Sin detenerse á buscar el misterioso mecanismo que debía tocarse para dejar á descubierto aquel rincón oculto, hizo pedazos el delgado tabique que dividia en dos aquel espacio, valido de los mismos instrumentos y de los mismos golpes; y sintió una especie de vértigo al comprobar que, tras la tabla rota, se ocultaban diversos y sospechosos objetos ...Y halló allí paquetes de perfumadas cartas atados con cintas de seda, flores secas, un relicario con pelo, un retrato y el borrador de una carta.

Y fué viendo todo eso separadamente y en detalle, analizándolo con desesperada complacencia, para que nada escapase á su examen: ni objeto, ni circunstancia, ni rasgo alguno de aquella horrible traición. Quien le hubiese visto

CAPILLA ALFONSINA

en esos momentos leyendo los manuscritos y mirándolo todo con ojos extraviados, lívido el semblante, blancos los labios, las manos trémulas, frecuente y breve el aliento, hubiese juzgado quizás que era un pobre demente en momentos de crisis aguda y dolorosa.

Comenzó por el retrato. Representaba á un hombre joven, buen mozo y elegantemente vestido. Llevaba en el ojal del jaquet una flor; acaso condecoración de hombre á la moda, ó bien recuerdo de su amada.

La dedicatoria escrita al reverso de la fotografía, llevaba fecha reciente; databa de hacía sólo un mes. Era breve, pero muy osada y expresiva, y daba á conocer claramente cuál era el género de relaciones iniciadas entre él y su amada. Decía así:

"Llévame siempre sobre el corazón para no cesar de abrazarte."

"Paco."

Al leerla el doctor, lanzó un sordo rugido.

Siguió luego examinando las cartas, con ojos extraviados por la desesperación y por el dolor. Algunas de ellas le exaltaban más, mucho más que las otras. He aquí uno ú otro de los peores párrafos de esas misivas:

"Carmen.

"¿Me preguntas si estoy contento? ¿Quieres saber si me siento satisfecho de tu cariño? Pues bien, debo decirte que no lo estoy, porque, si bien es cierto que me has dado pruebas de tu amor, te observo, en cambio, muy aficionada á tu marido. Me parece que en la comparación, salgo yo perdiendo.

. . . . . .

"Por más extraño que te parezca y por más injusto que lo creas, la verdad es que estoy celoso de tu marido, porque vives con él, estás siempre á su lado, y yo no disfruto de esa dicha sino cada ocho días, que á mí me parece cada siglo. El verdadero amor es egoísta, y yo te quiero para mí solo.

. . . . . .

"¿Por qué no has querido aceptar la propuesta que te he hecho? Si me amas de veras; si, como dices, soy la persona á quien más quieres en el mundo ¿por qué no rompes de una vez los lazos que te atan á un deber que no es el de tu amor? Si aceptas, partirémos lejos, tan lejos, que no se sabrá dónde vayamos á refugiarnos. Y vivirémos contentos, sin que nadie turbe nuestra unión y nuestra ventura. Sólo entonces podrémos llamarnos completamente felices; ahora no, porque los sobresaltos y las zozobras que llenan nuestra alma, no nos permiten entregarnos á nuestra felicidad por completo."

. . . . . .

Sin duda Carmen había opuesto á esas instancias, objeciones enérgicas, porque el amante le decía en otra carta:

"La niña no puede ser obstáculo para que hagas lo que tanto te he pedido. No te separarás de ella. Puedes llevarla contigo, é irá por donde vayamos; la querré como si fuese mi hija, y cuando crezca, nunca llegará á saber que no soy su padre. Ya ves que allano los obstáculos y que paso por todo, menos porque continúe la situación falsa, tirante y dolorosa que nos rodea."

. . . . . .

Era de suponerse que la infiel hubiese hecho nuevas objeciones á aquel plan de abandono del hogar en compañía de la niña, para dejar al padre y esposo á la vez viudo y solitario; porque tras esa carta vino otra de fecha próxima en que decía el seductor:

"Bien veo que no tienes para mí el afecto que sueño, que no correspondes con la tuya, la intensidad de mi pasión, pues te niegas á romper la dura cárcel en que vives y á venir á mis brazos para no separarte de ellos nunca. En esto se revela la llama de tu cariño á tu esposo, por más que trates de ocultarla, porque, si no has

CAPILLA ALFONSINA

de separarte de tu hija ¿qué obstáculo puede impedirte complacer mis deseos? Solamente ese, tu esposo. Ya me era antipático desde antes, por haber tenido la inmensa dicha de llevarte al altar y de darte su nombre; pero desde que he comprendido que le amas, mi antipatía ha ido convirtiéndose poco á poco en honda aversión, en odio grande y profundo. Dices que es hombre bueno, que te quiere, que te trata con gran solicitud y tiernas finezas, y que no encuentras digno de tí el pagarle lo que le debes con el abandono de la casa y con el rapto de la niña. Hablando con franqueza, hallo contradictoria tu conducta, pues la consideración que quieres guardar á tu compañero, es de una naturaleza muy secundaria, comparada con la dulce correspondencia que me dispensas. Persuádete: está dado el gran paso, y no puedes retroceder. Si dejas que las cosas sigan el camino que llevan, un día ó otro se descubrirán nuestras relaciones, y estallarán entonces el drama ó la tragedia. Por de contado que, para ese caso, como en todos los de la vida, me tendrás siempre á tu lado, y no harás más que llamarme para que acuda á tu auxilio."

. . . . . .

Sintió Nicolás como un brote de alegría en el corazón en aquella situación tan té-

CAPILLA ALFONSINA

trica. Por una parte, le halagaba que su mujer hubiese tenido un escrúpulo, por lo menos aquel. Y sobre todo, la aversión del seductor le llenó de júbilo. Por grande, por inmensa que ella fuese, nunca podría igualar á la suya. Pero ¿quién era él? ¿cómo se llamaba? Ansiosamente buscó algún indicio por donde pudiese averiguarlo. Las cartas iban invariablemente suscritas: "Paco." El nombre era harto vulgar: conocía muchas personas que le llevaban; pero ninguna tenía las facciones de aquel desconocido. Por otra parte, bien pudiera suceder que tal nombre no fuese más que un pseudónimo. ¿Quién le garantizaba que no lo fuese? Con todo, después de mucho buscar, acabó por encontrar una tarjeta litográfica que le dió luz sobre el asunto. Decía: "Ingeniero Francisco Márquez," y llevaba al pie la dirección de la persona. Tuvo por cierto que había aclarado el misterio. Creía saber ya quién era el malhechor, dónde vivía, y á donde debía buscarle para arrancarle las entrañas. ¿De dónde había brotado aquella figura? ¿Quién le conocía? ¿Qué misión le había llevado á la ciudad? Todo lo ignoraba; nunca le había visto, y jamás había oído su nombre en boca de nadie. ¿Dónde le habría conocido Carmen? ¿Cómo se habrían entendido los dos? ¿Por qué medios habría

llegado aquel conocimiento hasta el consorcio criminal hoy existente?

Febrilmente pensaba estas cosas, á medida que se enteraba de aquellas piezas de convicción. El ánimo conturbado, en las ocasiones supremas de la vida, se detiene á considerar detalles pequeños, acaso pueriles, que tienen su lógica en el proceso interno de las ideas; pero que parecen extraños y secundarios cuando se les analiza friamente.

Nicolás se preocupaba por ellos é iba analizándolos uno por uno, con un dolor tan íntimo, con una minuciosidad tan cruel, como si encontrase placer en ser su propio verdugo. Para hacer más agudo su dolor, recordó en aquel instante, como si la tuviese presente, la hermosura de su esposa. Alta, arrogante, de movimientos vivos y graciosos, tenía el cuerpo de una diosa griega, animado por el encanto y el calor del sol de los trópicos. Su cútis trigueño, encendido por vivo color en las mejillas, sus labios húmedos y rojos, su dentadura blanca, la enormidad de sus ojos sombreados por rizosas pestañas, la tersura de su frente, á la que hacía marco y diadema una cabellera de ébano; la sonoridad y la dulzura de su voz, que parecía acariciar y hacer confidencias; la sumisión y timidez de aquella naturaleza eminentemente femenina, que parecía buscar la protección del ser fuerte y varonil: todo lo recordó con precisión. Y tan pronto como evocó aquella forma otro tiempo adorada, la enlazó locamente con imaginadas escenas de pecado y amor impuro. Y vió juntos á los adúlteros, prodigándose dulces palabras y apasionadas caricias; y mofarse de él, recordando su nombre para escarnecerlo: el seductor para maldecirlo, ella para traicionarlo. Aquellas visiones le hicieron caer en una agitación tan honda, en un delirio tan cruel, que casi no veía los objetos que le rodeaban, y se daba apenas cuenta de lo que iba haciendo.

Leídas las cartas del seductor, llegó su turno al borrador de su esposa. Decía así:

"¡Irme de mi casa, nunca! No cometeré esta última infamia con mi esposo, suceda lo que suceda.

"Con todo, no sé, adorado mío, cómo pones en duda lo que te quiero. ¿No ves cuántas cosas te he sacrificado? Fuí buena antes de conocerte, y Dios es testigo de que jamás falté á mis deberes, de que quise y veneré á mi marido, y de que nunca me separaba de la cuna de mi hija. Te ví, y una nueva vida comenzó para mí desde ese momento. No sé qué extraña impresión hiciste en todo mi ser; latió mi corazón, sentí como un vértigo y me sobrecogió una especie de espanto, que llenó mi alma de angustia y heló toda mi sangre.

CAPILLA ALFONSINA

No sé qué presentimiento terrible me dijo al oído que había sonado la hora suprema de mi destino, que mi suerte iba á cambiar de rumbo, y que ibas á entrar en la escena de mi vida como conquistador y como rey. Desde entonces huyó la paz de mi espíritu, y no volví á disfrutar aquellos momentos de júbilo inocente que antes pasaba en el hogar. Hallé tediosa la compañía de los míos, y las caricias de mi tierna hija perdieron el hechizo con que antes me regalaban. Por más que estuviese presente á aquellas reuniones íntimas de familia y procurase entregarme á su encanto tan sencilla y cordialmente como antes, mi alma tendía las alas lejos de aquellos sitios, y volaba hasta tí, buscando tus ojos. Todavía entonces no los habías, acaso, fijado en mí. La insistencia con que los míos te iban siguiendo donde quiera que podían distinguirte, atrajo los tuyos tal vez, como el imán al acero. Aun recuerdo el día y la hora en que clavaste en mí empeñosamente las pupilas. Nuestras miradas se cruzaron como espadas, y las tuyas penetraron en mi corazón, muy hondo, muy hondo.—No dudes de mi amor: te lo he probado faltando á todos mis deberes, olvidando cuanto debo á mi esposo y dejando la cuna de mi hija para ir en pos tuya, á través de la obscuridad y de los peligros. Pero no me pidas que

CAPILLA ALFONSINA

abandone el hogar, porque no he de hacerlo. Me horroriza el escándalo. Antes la muerte que el escándalo. Y quiero bastante á mi hija para no llevarla bajo un techo criminal; ni podría, por mala que sea, separarme de ella jamás. Por más contradictorio que lo encuentres, he de quedarme aquí, aunque me muera, aunque me maten.

"Tengo los ojos bien abiertos, y sé á lo que me expongo. El abismo me espera: allí me despeñaré un día ú otro. ¿Cuál será el desenlace de esta historia culpable? No lo sé; pero sea cual fuere, no dejaré de quererte ni aun en el momento de mis mayores suplicios. El destino me llevó á tus brazos, y no puedo desasirme de ellos.—Ya ves como no tienes motivo de queja, ya ves cómo te he ofrecido en homenaje cuanto en la tierra y en el cielo se oponía á nuestro amor, y que he hollado por tí y por tí he menospreciado todo lo bueno y todo lo noble que me rodeaba.—En cambio tú ¿qué me has ofrecido? Nada hasta ahora, porque el cariño que me muestras, no es acaso más que un capricho pasajero. ¿Qué vínculos has roto por mí? ¿Qué deberes has menospreciado? ¿En qué tinieblas te has perdido? ¿A qué abismo te has arrojado?—Aún queriéndote como te quiero, vivo atormentada por atroces remordimientos.

No puedo ver á mi marido con tranquilidad, porque conozco que le ofendo sin causa, que le traiciono por pervesidad y que pago su cariño y sus finezas con negra y odiosa ingratitud. Fué siempre bueno para mí, repito; tuvo para mí ternuras indecibles, me rodeó de inmensa solicitud, y no ha vivido sino para quererme. La confianza con que me mira, la descuidada tranquilidad en que vive creyéndome la más fiel y la mejor de las esposas, son para mi otros tantos tormentos que me muerden el corazón y me destrozan el alma. Algunas veces pienso en la muerte como en una especie de alivio, pues me digo que si Nicolás se enterase de mi perfidia y me matase, mi culpa quedaría redimida con mi sangre, y disminuiría el peso de mi delito. Pero en medio de todo, tu imagen, tu recuerdo, tu amor, se destacan sobre las sombras de mi espíritu, como un sol de fuego rojo y terrible, que no despide luz, sino llamas, que me envuelven y me queman."

. . . . . .

Aquella carta de puño y letra de Carmen, llevó el alma de Nicolás al paroxismo de la indignación, porque le reveló claramente lo que era su esposa: qué abismo de osadía y de maldad había en aquel corazón juzgado tan bueno, qué noche tan negra en el fondo de aquella conciencia tenida

CAPILLA ALFONSINA

por tan pura, qué tendencias tan depravadas en aquella naturaleza de un exterior tan hermoso. Aquella mujer era un monstruo, tanto más odioso, cuanto se disfrazaba con máscara tan bella, con rostro tan angelical; criado para azote y desdicha de las almas buenas; formado de fuego y sombra; obra excluva de Satanás, y no de Dios.

La carta de Carmen era la más elocuente requisitoria de su culpabilidad; era el grito de su conciencia, que con toda claridad exhibía las llagas de su alma, aunque envueltas en repugnantes harapos de hipocresía. Y recordó Nicolás con inmensa amargura lo que él había sido para aquella mujer ingrata, para aquella mujer sin corazón, para aquel monstruo de maldad y de perfidia. Desde su adolescencia la amó, y no sintió nunca más amor que el suyo; ni tuvo otro pensamiento ni otro delirio que el de hacerla dichosa y poner á sus pies todo cuanto valía, cuanto había conquistado en el mundo: su fortuna, sus triunfos y su nombre. No recordaba ocasión grande ó pequeña, importante ó trivial, en que la idea de Carmen no hubiese fulgurado en su espíritu como un astro, iluminándolo todo, llenándolo todo con sus esplendores y sus sonrisas, como el sol que desde el empíreo todo lo baña de luz. Una vez unido á ella, sólo se había preocupado por al-

zarle un trono muy alto á su lado, para que desde él presidiese los sencillos gustos del hogar y la inefable felicidad de la vida. No le remordía la conciencia de haberle cometido la más ligera falta, de haberle sido infiel ni aun de pensamiento. Las mujeres todas, desde que la conoció, había pasado junao á él sin conmoverle, sin atraer una sola mirada de susu ojos, sin apresurar uno sólo de los latidos de su corazón. Porque ella se había enseñoreado de su alma como una reina, sin dejarle un deseo, una emoción sola que no estuviesen postrados á sus plantas

Y ¿era así correspondida su ternura? ¿Era ese el premio reservado á sus finezas, á la devoción con que la había amado? ¡Oh! aquello era inaudito; apenas podía comprenderse! Es cierto que había otras mujeres infieles, que hacían mofa y escarnio de sus esposos; pero esas mujeres estaban unidas á hombres helados é incapaces de querer, ó á bajos y miserables que iban pidiendo á gritos el oprobio, ó á perversos que rompían la fe jurada, y las arrastraban por despecho, por anhelo de venganza, por impulso de la ley del talión, al crimen y á la afrenta. El caso de Carmen era muy diferente, porque ella no podía quejarse de ninguna de esas cosas, no tenía contra él motivo de reproche; sino, por el contrario, razón para

CAPILLA ALFONSINA

amarle tiernamente y vivirle eternamente obligada. ¡Carmen, sin duda alguna, era peor que todas las adúlteras que habían hundido en el cieno su propio nombre y el de sus esposos!

IV

DESESPERACION.

Pronto se repuso: la ira le dió fuerzas. No tenía tiempo que perder, y le era preciso tomar algún partido! No tardaría en volver la esposa, y no debía encontrarle desprevenido!

Fuera imposible relatar los planes y proyectos que aquel cerebro exaltado y febril fué atando y desatando en aquellos breves é irreparables momentos. Sucedíanse en la noche de su pensamiento, como cárdenos relámpagos en noche tempestuosa: todos terribles, todos amenazadores, todos siniestros.

Crimen tan inaudito merecía un castigo ejemplar; empero era difícil hallar el más apropiado. No había que perder la cabeza: era preciso escoger bien para no equivocarse. Lo primero que pensó, fué